

# Temporalización de la historia y perspectivismo metodológico

## *Temporalization of History and Methodological Perspectivism*

Manuel OROZCO PÉREZ  
Universidad Carlos III de Madrid  
orozcoperezmanuel@gmail.com

Recibido: 26/04/2014

Aceptado: 17/11/2015

### **Resumen**

Este ensayo quiere explorar la problemática del perspectivismo metodológico en el pensamiento de Koselleck tomando como eje central el concepto de temporalización. Tras un primer apartado en el que se pone en relación los conceptos de temporalización y secularización haciendo referencia previamente a las filosofías de la historia correspondientes al periodo de la *Sattelzeit*, el texto se centra en reconstruir la noción de temporalización sobre la base de una tensión creciente entre el lenguaje y la realidad que éste describe. El artículo se cierra planteando la noción de ficcionalidad como un elemento central en la teoría de la historia de Koselleck que viene a subsanar los déficits metodológicos que se derivan de esa tensión. El hilo conductor que vertebra el ensayo es que el proyecto teórico de una historia conceptual no es únicamente un método de análisis, sino también, y sobre todo, una teoría de la modernidad.

*Palabras clave:* Koselleck, temporalización, progreso, experiencia histórica, ficcionalidad.

### **Abstract**

This essay aims to explore the issue of methodologic perspectivism in Koselleck's thought considering as cornerstone the concept of temporalization. The first section links the concepts of temporalization and secularization introducing beforehand philosophies of the history from *Sattelzeit* time. Then the text focuses on reconstructing the notion of temporalization based on an emerging tension between the

language and the reality it describes. This article concludes bringing up the notion of fictionality as a key element in Koselleck's theory of history making up for the methodological deficits after this tension. The unifying thread of this essay is that the theoretical project of a conceptual history it is not only an analysis method but mainly a theory of modernity.

*Keywords:* Koselleck, temporalization, progress, historical experience, fictionality.

## 1. Temporalización de la historia y proceso de secularización

En el proyecto intelectual de la *Begriffsgeschichte* de Reinhart Koselleck el concepto de temporalización describe una de las características que constituye lo específicamente moderno de los conceptos históricos fundamentales y los distingue de los procesos históricos anteriores. Con la temporalización de los conceptos, éstos quedan insertados dentro de ciertas filosofías de la historia en las que “todo el acontecer humano se clasifica en periodos, fases o estadios de desarrollo. La historia queda periodizada, casi siempre con carácter teleológico”<sup>1</sup>. Piénsese, por ejemplo, en el texto de Voltaire de 1765 titulado “Filosofía de la historia” o en el ensayo de Iselin publicado un año antes que el del filósofo francés, en 1764, y cuyo título reza “Consideraciones filosóficas sobre la historia de la humanidad” (*Philosophischen Muthmaßungen über die Geschichte der Menschheit*). Centrales en los inicios de la filosofía de la historia fueron asimismo el ensayo de Herder “También una filosofía de la historia para la educación de la humanidad” de 1774, y el de Kant “Ideas para una historia universal en clave cosmopolita” de 1784. Pero quizá sea el siglo XIX el único en el que fue posible poner la historia como la clave de bóveda del pensamiento filosófico. Fue éste el siglo en el que se llevó a cabo el esfuerzo más importante por introducir “subordinación” donde solo había “coordinación”<sup>2</sup>, esto es, por encontrar un sentido (filosófico) en la mera relación de hechos considerados verdaderos. Y es probablemente en el pensamiento de Hegel donde la historia –tanto en su aspecto colectivo, en cuanto historia del mundo (*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*), como en su lado individual, en tanto que historia de los avatares de la conciencia (*Fenomenología del espíritu*)– aparece en su forma más nítida como piedra angular dentro de un sistema filosófico. Fue también en el siglo XIX cuando Karl Marx pudo incluso elevar la historia a la categoría de ciencia por excelencia<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> A. Gómez Ramos, “Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, en R. Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004, pp. 9-23, aquí p. 17

<sup>2</sup> J. Burckhardt, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, Stuttgart, Kröner, 1978, p. 4

<sup>3</sup> Cf. K. Marx, *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 676: “Solo conocemos una única ciencia, la ciencia de la historia”.

El espectro de pensadores que –desde mediados del siglo XVIII hasta poco más de la mitad del siglo XIX– se han ocupado de relación entre filosofía e historia con un trasfondo teleológico es pues bien amplio y heterogéneo. Pero la fe en el progreso de la humanidad se ha ido quebrantando a lo largo del siglo XX: las dos guerras mundiales, las crisis económicas, el aumento de la desigualdad social y las catástrofes ecológicas han ido minando la confianza en la historia y en el progreso<sup>4</sup>. Con este panorama, y habiéndose justificado todo tipo de atrocidades en nombre de la Historia Universal, no es de extrañar que se hayan sembrado ciertas dudas sobre la filosofía de la historia y que haya surgido la pregunta por su legitimidad como disciplina. Una disciplina que ha querido encontrar un sentido y una finalidad en el curso de los acontecimientos históricos. Esa filosofía que algunos han considerado como una de las deformaciones del mito de la emancipación del género humano creado en tiempos de la Ilustración<sup>5</sup>. Esa filosofía que “creyó poder sustituir los mitos por la razón, acabó produciendo un mito, tanto más desastroso cuanto que ha creído ser racional y no mitológico”<sup>6</sup>. Esa filosofía “que introduce las nociones de sentido, progreso, relato y finalidad, moldeando a la fuerza [...] los acontecimientos del pasado”<sup>7</sup>.

Ni que decir tiene que las filosofías de la historia no desaparecieron en el XIX. Desde la Ilustración hasta Marx se dio eso que se ha llamado *filosofía clásica de la historia*, definida en contraposición a los modelos que fueron surgiendo a finales del siglo XIX y que tomaron cuerpo en su crítica a la forma precedente de reflexión sobre la historia. Las que se desarrollaron con posterioridad poco tenían ya que ver con las que les sirvieron de punto de partida, aunque solo fuera para posicionarse en la posición contraria. Existen, efectivamente, otros modelos de reflexión sobre la historia y sobre el trabajo del historiador que investigan los presupuestos epistemológicos, se preguntan por la posibilidad y los límites del conocimiento del pasado, llevan a cabo análisis conceptuales de conceptos clave en la historiografía (“verdad”, “objetividad”) e intentan clarificar la especificidad del conocimiento histórico respecto al de las ciencias naturales. Esta forma de hacer filosofía de la historia ya no pretende encontrar leyes en la historia, sino que ha querido encontrarlas, si es que estas leyes existen, en el conocimiento histórico mismo. Se trata de la llamada *filosofía analítica de la historia* que considera la narratividad como la característica más propia de la historia y sostiene que la historicidad consiste fundamentalmente en la posibilidad de relatar historias de maneras diversas. Entre ambos terrenos podemos encontrar una suerte de término medio capaz de hacerse cargo de la narratividad como carac-

<sup>4</sup> Cf. J. Rohbeck, “Filosofía de la historia-historicismo-*posthistorie*”, en F. Oncina (ed.), *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Madrid, Plaza y Valdés, 2009, pp. 367-391, aquí pp. 367 ss.

<sup>5</sup> Cf. T. W. Adorno/M. Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2009; M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid, Trotta, 2010; O. Marquard, *Dificultades con la filosofía de la historia*, Valencia, Pre-Textos, 2007.

<sup>6</sup> A. Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro*, Madrid, Akal, 2003, p. 9.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 13.

terística esencial del ser histórico, rechazando el *sueño de la razón* de los modelos especulativos, y plantear al mismo tiempo un análisis de la conciencia histórica que “fuera a la filosofía de la historia lo que la crítica kantiana a la metafísica dogmática”<sup>8</sup>. Desde Raymond Aron, se ha conocido este modelo como *filosofía crítica de la historia*.

No obstante, a pesar de los diferentes modelos de reflexión filosófica sobre la historia que se han venido desarrollando desde comienzos del siglo XX, fue en el segmento temporal que Koselleck denominó *Sattelzeit* (1750 – 1850)<sup>9</sup> cuando la historia adquirió un rasgo propiamente moderno, a saber: constituirse como un concepto singular colectivo. El concepto de historia como singular colectivo aparece como un elemento común en la heterogeneidad de las filosofías de la historia del siglo XVIII y XIX que anuncia un nuevo cambio de experiencia que domina la modernidad<sup>10</sup>. En esta nueva experiencia hay una característica de los conceptos históricos modernos que se muestra como condición de posibilidad de dicha experiencia: la temporalización.

En un primer momento resulta llamativo que Koselleck considere la temporalización como la verdadera estructura de la secularización. Sin pretender entrar aquí en la semántica histórica del término secularización, señalaremos cierto sentido originario de este concepto con la finalidad de situarnos en las coordenadas teóricas de la noción de temporalización que maneja Koselleck. Emparentado etimológicamente con el sustantivo latino *saeculum*, y éste a su vez con el verbo *sero* (“sembrar”, “plantar” o, tomado en un sentido amplio, “procrear”)<sup>11</sup>, secularización alberga una compleja trama de circunstancias históricas y jurídico-políticas que se ha ido entretejiendo con el paso de los siglos<sup>12</sup>. A pesar de su falta de univocidad, tal concepto denotaba en un principio un largo e indefinido período de tiempo que, eso sí, era siempre concebido

<sup>8</sup> R. Aron, *La philosophie critique de l'histoire*, París, Vrin, 1969. Citado en A. Gómez Ramos, *op. cit.*, p. 14

<sup>9</sup> R. Koselleck, “Richtlinien für das Lexikon Politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit”, en *Archiv für Begriffsgeschichte* 11, 1967, pp. 81-99, aquí p. 82. Pasado el tiempo, Koselleck fue restando la importancia ontológica que le concedió a este intervalo cronológico hasta el extremo de llegar a afirmar que el concepto de *Sattelzeit* no fue más que un artificio conceptual que construyó con miras a obtener financiación para su proyecto dentro del *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte*. Cf. R. Koselleck y Ch. Dipper, “Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffne Geschichte”, en *Neue politische Literatur* 43, 1998, pp. 187–205, aquí p. 195. Koselleck rebaja así una premisa heurística fundamental tanto de los *Geschichtliche Grundbegriffe* como de la Histórica a una anécdota académica banal. Cf. F. Oncina, “Historia conceptual y hermenéutica”, en *Azafea* 5, 2003, pp. 161-190, aquí p. 184 ss.

<sup>10</sup> R. Koselleck, “Historia Magistra Vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte”, en *Vergangene Zukunft*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1989, pp. 38-66, aquí p. 63.

<sup>11</sup> G. Marramao, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 13.

<sup>12</sup> H. Lübke, *Säkularisierung*, Friburgo/Múnich, Karl Alber, 2003, pp. 23-33. Cf. G. Marramao, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 20-27.

como un “tiempo creciente”. Importante aquí es advertir la dimensión temporal del concepto, una dimensión que permitirá que el adjetivo *secularis* (“secular”) se emplee con el sentido de *mundano*, en oposición a lo espiritual y lo divino, es decir, en oposición a aquello que es propio del *cielo*, a lo que posee un carácter atemporal y eterno<sup>13</sup>. Las primeras referencias al término *saecularisatio* aparecen en los debates de los canonistas franceses durante los últimos decenios del XVI sobre el paso de religioso “regular” a religioso “secular”<sup>14</sup>.

El concepto “temporalización” se encuentra pues ligado al proceso de secularización. De hecho, secularización se ha convertido en una categoría general vinculada al nuevo concepto de “tiempo histórico”<sup>15</sup> e inseparable de dos de las coordenadas simbólicas definitorias de la modernidad: emancipación y progreso<sup>16</sup>. Esta transformación produce un desplazamiento semántico del concepto secularización. Pero la temporalización koselleckiana sigue siendo deudora de un ideal cristiano<sup>17</sup>. “Tal cosa sucede no tanto cuando la institución celeste de la Ciudad de Dios se proyecta como iglesia en la tierra [...] sino cuando las promesas de la Ciudad de Dios se han de realizar en el tiempo mismo, y no en el más allá [...]. Entonces la historia no es lo que termina para que se abra el reino de Dios, sino el tiempo en el que tal reino se realiza y como tal se experimenta”<sup>18</sup>. En este extremo Koselleck ya no depende tanto de los postulados de Carl Schmitt (los conceptos políticos modernos son conceptos teológicos secularizados) como de los de Karl Löwith (las filosofías modernas de la historia como secularización de la escatología cristiana).

En la concepción premoderna del tiempo, el Reino de Dios acontecía cuando finalizaba la historia; en la modernidad, el Reino de Dios se realiza y se experimenta en la historia misma. Tanto es así que, desde que el tiempo medieval acabó derivando en un tiempo de progreso que fue experimentado como un futuro estrictamente humano, el tiempo histórico se vive necesariamente como un tiempo secular, quedando así imposibilitada la experiencia agustiniana del tiempo. La Ciudad de Dios ha sido sustituida por la Ciudad del hombre, pero no por la del hombre sin más, sino por la del hombre nuevo.

<sup>13</sup> Para la oposición entre lo mundano y lo espiritual en relación al concepto secularización cf. O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 5, entrada *Sekularisation/Sekularisierung*, Stuttgart, Klett, 1984, p. 796.

<sup>14</sup> G. Marramao, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, op. cit., pp. 19 ss.

<sup>15</sup> Cf. “Neuzeit. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe”, en R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, op. cit., pp. 300-348.

<sup>16</sup> Cf. G. Marramao, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, op. cit., p. 27.

<sup>17</sup> “Die Verzeitlichung der Utopie”, en R. Koselleck, *Zeitschichten*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2000, pp. 131-150.

<sup>18</sup> J.L. Villacañas, “Acerca del uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media”, en *Isegoría* 37, 2007, 81-96, aquí p. 85.

## 2. Temporalización de la historia y perspectivismo metodológico

Con la temporalización de la historia, la perspectiva como tal va más allá de su dimensión espacial, adquiriendo asimismo un carácter temporal. La historia se temporaliza en el sentido de que se transforma en el momento actual en virtud del transcurso del tiempo. Es más, a causa de la creciente distancia entre pasado y futuro, la historia cambia incluso en el pasado<sup>19</sup>. El momento de temporalización aplicado a la historia de los conceptos juega un papel epistemológico decisivo en el planteamiento de Koselleck: el punto de partida que toma el historiador a la hora de elaborar el relato histórico no está por encima de los acontecimientos. El historiador no escribe historias desde una atalaya epistemológica; antes bien, su relato se encuentra inmerso en una trama de relaciones político-sociales que debe quedar reflejada en su discurso y que, en última instancia, confiere un carácter perspectivista al resultado de sus investigaciones. La categoría de temporalización limita el alcance de las hipótesis, a la vez que posibilita abordar el material histórico a partir de criterios definidos. Esta tensión entre posibilidad y limitación es constitutiva del quehacer del historiador. De ahí que Koselleck reivindique la vinculación a un punto de vista particular, la posicionalidad (*Standpunktbezogenheit*) del historiador, como algo propio del trabajo de investigación historiográfica. De hecho, la consideración de que sólo es posible encontrar la verdad instalándose en una posición sólida o concibiéndola de un modo partidista es un producto de la modernidad<sup>20</sup>. Posicionalidad y perspectivismo en la investigación no implican, sin embargo, relativismo en el sentido de que todo valga o de que todo tenga igual valor. “*La relevancia perspectivista de un enunciado narrativo abarcante [...] —que hermenéuticamente también puede ser *conditio sine qua non* del conocimiento histórico— transfiere su prerrogativa a la relevancia perspectivista de un análisis estructural abarcante*”<sup>21</sup>. Desde esta perspectiva, carecería de sentido restar valor epistemológico a un discurso por el solo hecho de estar comprometido con la situación en y desde la que se produce. En el momento en que el produzca un cambio en alguno de los elementos de la antigua tríada “lugar-tiempo-persona” surgirán nuevas obras, incluso aunque traten o parezcan tratar del mismo tema. Los diferentes avatares del desarrollo histórico provocan cambios en los enunciados históricos que pretenden explicar ese desarrollo. Se añaden nuevas experiencias, se van dejando atrás las antiguas y se abren nuevos horizontes de expectativas. Todo ello exige reflexionar de nuevo sobre la historia, considerarla desde otras perspectivas; en definitiva, volver a investigarla<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> R. Koselleck, “Neuzeit. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe”, *op. cit.*, p. 327.

<sup>20</sup> R. Koselleck, “Standortbindung und Zeitlichkeit”, en *Vergangene Zukunft*, *op. cit.*, pp. 176-207, aquí p. 176.

<sup>21</sup> R. Koselleck, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, en *Vergangene Zukunft*, *op. cit.*, pp. 144-157, aquí p. 150.

<sup>22</sup> R. Koselleck, “Standortbindung und Zeitlichkeit”, *op. cit.*, p. 176.

Koselleck hace suyo también el imperativo de Chladenius de reescribir la historia de cuando en cuando<sup>23</sup>. Esta tarea no se debe tanto a que ciertos acontecimientos históricos se *descubran* con posterioridad a la narración de historias sobre el periodo concreto que se investiga como al surgimiento de nuevas perspectivas contemporáneas que, empujadas por un progreso acelerado, obligan a comprender y a juzgar el pasado de un modo nuevo. En efecto, “la experiencia de los diversos ritmos del tiempo se relaciona con el fortalecimiento creciente de la evidencia de la teoría del punto de vista y de la perspectiva histórica”<sup>24</sup>. A partir de entonces “la historia sin más fue ganando una genuina cualidad temporal. Goethe había expresado una experiencia histórica que crecía de manera paulatina: que la posicionalidad es constitutiva para la experiencia histórica y el conocimiento histórico. Con la temporalización de esta fracturada historia perspectivista se hizo necesario reflejar también la propia posición, puesto que ésta se transforma en y con el movimiento histórico”<sup>25</sup>. Así, la posicionalidad, esto es, el vínculo de las afirmaciones históricas a un punto de vista no es algo reprochable, sino la condición que hace posible la ciencia histórica desde el siglo XVIII. La Historia se encuentra de este modo ante la exigencia de reflejar las condiciones que le sirven de punto de partida y que hacen posible el propio discurso. Tener que reflejar el punto de partida y las condiciones que hacen posible la producción de historias y, al mismo tiempo, hacerse cargo del imperativo de la objetividad, según el cual los valores personales no deben calar en los resultados de la investigación, es una tensión inherente a toda investigación histórica.

Ya en la propia necesidad de reescribir la historia con el paso del tiempo se muestra la relación entre perspectivismo y concepción moderna del progreso. El concepto moderno de progreso, *Fortschritt*, remite a una dinámica que no podía comprenderse a partir los conceptos premodernos, *Progreß* y *Fortgang*<sup>26</sup>. Estos dos conceptos pertenecían todavía a una comprensión natural y circular del transcurso de los acontecimientos. Progreso, en su sentido moderno, como *Fortschritt*, es un “concepto de movimiento” (*Bewegungsbegriff*)<sup>27</sup>, cuyo significado originario ha quedado desnaturalizado y ha aportado un tiempo histórico genuino al propio concepto. Se trata,

<sup>23</sup> R. Koselleck, “Neuzeit. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe”, *op. cit.*, p. 313.

<sup>24</sup> R. Koselleck, “El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna”, en *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. 3-17, aquí p. 15.

<sup>25</sup> O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 2, entrada *Geschichte/Historie*, Stuttgart, Klett, 1975, p. 699.

<sup>26</sup> O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 2, entrada *Fortschritt*, *op. cit.*, p. 352.

<sup>27</sup> Koselleck otorga a los *Bewegungsbegriffe* una capacidad compensatoria desde el momento en que la estructura de la modernidad se conceptualizó a partir del concepto de progreso. Cf. R. Koselleck, “Erfahrungsraum und Erwartungshorizont - zwei historische Kategorien”, en *Vergangene Zukunft*, *op. cit.*, pp. 349-375, aquí p. 374. Véase también K. Palonen, *Die Entzauberung der Begriffe*, Münster, Lit, 2004, pp. 249 ss.

en efecto, de una temporalización de la historia que se diferencia de la cronología vinculada a la naturaleza. “Hasta el siglo XVIII, dos categorías naturales del tiempo garantizaban la sucesión y el cálculo de los acontecimientos históricos: el curso de los astros y la sucesión de soberanos y dinastías”<sup>28</sup>. Pudiera dar la impresión de que en este punto Koselleck se precipita en su argumentación. Puesto que, en principio, no era necesario esperar hasta el siglo XVIII para apreciar cómo la historia se temporaliza: la interpretación cristiana de la historia ya se encargaba de introducir la noción de temporalidad, en contraste con la concepción clásica que no veía en la historia más que una sucesión de ciclos<sup>29</sup>. En este sentido, podría argüirse que ya desde la perspectiva cristiana el curso de la historia era susceptible de ser periodizado sin necesidad de recurrir a la noción de sucesión. Pero el argumento de Koselleck es todavía más preciso. La noción de temporalidad aportada por la teología permitió sin duda una articulación más detallada del tiempo histórico, pero el armazón teórico que constituía tal noción no permitía que aconteciera “nada sustancialmente nuevo hasta el fin del mundo”<sup>30</sup>. He aquí la clave de su reflexión.

Por otra parte, parece que Koselleck, en su argumentación, se ve obligado a poner énfasis en la temporalización del progreso porque es esta temporalización la que le sirve para preparar el terreno teórico de sus trabajos sobre secularización<sup>31</sup>. En efecto, la noción de progreso “posee [...] un componente físico y un componente espacial que –con el fracaso [de las expectativas]– adquiere un valor temporal”<sup>32</sup>, pues la realización del objetivo, de la meta, queda aplazada en el tiempo y proyectada hacia un nuevo futuro. Esta definición de progreso es consecuencia inevitable del hecho de que el tiempo moderno no se experimenta después de los acontecimientos, sino de un modo inmediato. Y es aquí donde reside la novedad de este concepto epocal<sup>33</sup>. De este modo, un tiempo que siempre es concebido y esperado como un tiempo nuevo, cada vez con mayor intensidad, no puede ser abordado más que con los recursos teóricos que ofrece el perspectivismo. Koselleck afirma que la historia, en tanto que ciencia moderna, surge allí donde la brecha entre pasado y futuro<sup>34</sup> se ha abierto cualitativamente. “Desde entonces es necesario desarrollar métodos propios que nos enseñan a reconocer la otredad (*Andersartigkeit*) del pasado [...] Desde en-

<sup>28</sup> R. Koselleck, “Historia Magistra Vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte”, *op. cit.*, p. 58.

<sup>29</sup> J. Valdeón, “El mundo cristiano (antiguo y medieval)”, en M. R. Mate (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Trotta, 1993, pp. 47-64, aquí p. 63.

<sup>30</sup> R. Koselleck, “El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna”, *op. cit.*, p. 10.

<sup>31</sup> Cf. “Die Verzeitlichung der Utopie”, *op. cit.*, pp. 131-150.

<sup>32</sup> O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 2, entrada *Fortschritt*, *op. cit.*, p. 351

<sup>33</sup> R. Koselleck, “Moderne Sozialgeschichte und historische Zeiten”, en *Zeitschichten*, *op. cit.*, pp. 317-335, aquí p. 323.

<sup>34</sup> Cf. H. Arendt, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 77 ss.



tonces, pertenece al método histórico tener que definir la posición a partir de la cual se pueden emitir juicios [...] Con Lovejoy, también se puede llamar a estos procesos temporalización de la historia<sup>35</sup>. Pero el concepto de historia posee asimismo su propia historia.

Tal vez no sea exagerado afirmar que la historia conceptual del concepto de historia es el núcleo mismo de la investigación de Koselleck. En esa investigación se cristalizan los resultados de la práctica misma que Koselleck llevó a cabo en los *Geschichtliche Grundbegriffe* y que teorizó en escritos que fue publicando a la par que trabajaba en la edición del gran diccionario. De hecho, Koselleck llegó a reconocer en cierta ocasión que el descubrimiento de la historia como singular colectivo fue en cierto modo lo que hizo posible pensar otros conceptos como libertad, igualdad, progreso, etc. con la estructura de un singular colectivo, lo cual tan solo se fue haciendo evidente conforme se iban publicando los diferentes volúmenes del diccionario<sup>36</sup>. El concepto moderno de historia –la “historia en sí”, la “historia sin más”, “*die Geschichte überhaupt*”– nace a finales del siglo XVIII, poco antes de la Revolución francesa, y puede ser considerado, sin duda, como el concepto moderno por excelencia. En él aparecen como en ningún otro los cuatro rasgos que definen los conceptos históricos fundamentales: democratización, politización, ideologización y temporalización<sup>37</sup>. En él ya no tiene lugar la distinción entre la historia que acontece, *Geschichte*, y la Historia que narra lo acontecido, *Historie*. La “historia en sí” pasa a ser un concepto transcendental, “se convierte en el campo de acción de los seres humanos y en la sustantivación misma del tiempo histórico, en la posibilidad de su experiencia. A partir de ahora va a ser posible que escribir historia y hacerla no sean dos actos diferentes. Como lacónicamente sentencia Ricoeur, hacer historia es hacer Historia<sup>38</sup>”.

En efecto, antes de que surgiera *la* historia como conjunto o trasfondo de las muchas historias particulares, *historia* había aparecido siempre en su forma plural. Este concepto surge tras dos largos procesos que acaban encontrándose para abrir un nuevo espacio de experiencias que anteriormente no pudo ser formulado. Se trata, por un lado, de la formación del singular colectivo que concentra la suma de historias particulares en un mismo concepto; y, por otro lado, de la fusión del concepto en tanto que conexión de acontecimientos y en tanto que ciencia o relato histórico<sup>39</sup>. Así pues, vemos que en el marco de este segundo proceso el concepto *historia* puede ser comprendido de dos formas: en tanto que historia acontecida, *Geschichte* o *res*

<sup>35</sup> R. Koselleck, “Moderne Sozialgeschichte und historische Zeiten”, *op. cit.*, p. 324.

<sup>36</sup> R. Koselleck y Ch. Dipper, *op. cit.*, 197.

<sup>37</sup> Cf. R. Koselleck, “Einleitung”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 1, Stuttgart, Klett, 1974, pp. XII-XXVII, aquí pp. XVI-XVIII.

<sup>38</sup> A. Gómez Ramos, “Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, *op. cit.* p. 22.

<sup>39</sup> O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 2, entrada *Geschichte/Historie*, *op. cit.*, p. 647.

*gestae*, y en tanto que relato sobre lo acontecido, *Historie* o *memoria rerum gestarum*. “Pero los avatares de la “historia” como concepto socio-político son los de la relación entre esos dos términos, y los de la absorción del segundo por el primero”<sup>40</sup>. La historia acontecida es aquella que es vivida por el ser humano, es el ámbito de los hechos concretos de los cuales el sujeto individual tiene y hace experiencia. En la *memoria rerum gestarum* aquello que está en juego es la organización de la *res gestae* mediante la organización discursiva de los hechos concretos. Aunque ambos sentidos del concepto de historia se encuentran bien separados en el plano teórico, en la práctica son ciertamente inseparables. Todo acontecimiento histórico, toda historia vivida que quiera ser transmitida tiene que pasar necesariamente por el lenguaje. De ahí que, en última instancia, toda *res gestae* que se presente como tal sea al mismo tiempo e inevitablemente *memoria rerum gestarum*, esto es: toda historia acontecida es a su vez historia narrada. ¿Quiere esto decir que no puede darse una experiencia histórica fuera del lenguaje? Una respuesta afirmativa es la que nos ofrece la hermenéutica Gadamer<sup>41</sup>. Pero la posición de Koselleck es diferente a este respecto. Para éste la totalidad del lenguaje no fagocita la experiencia de la historia. Koselleck afirma que “una historia (*Geschichte*) no llega a efectuarse sin lenguaje, pero tampoco es idéntica a él, no se deja reducir a lenguaje”<sup>42</sup>. El elemento decisivo que permite a Koselleck distanciarse de la posición de Gadamer<sup>43</sup> es el concepto de “experiencias primarias” como una parte fundamental de la experiencia histórica. “Hay historias que resisten cualquier crítica ideológica [...] porque han hecho de las *experiencias primarias* algo inconfundible, inintercambiable”<sup>44</sup>. En esta misma dirección, Koselleck señala en diálogo con Christof Dipper que “La lingüistificación de los resultados de las experiencias posee un matiz teórico que se desprende de lo que de hecho es la experiencia”<sup>45</sup>. Koselleck quiere llamar la atención sobre la insuficiencia del lenguaje para describir con precisión determinadas experiencias subjetivas, algo ya bien sabido desde el auge de la fenomenología existencial. Pero no pretende quedarse en esta observación así sin más. Para el historiador alemán, esta insuficiencia del lenguaje pone de manifiesto que por encima del lenguaje tiene que haber otros elementos que posibilitan los acontecimientos históricos<sup>46</sup>. En toda

<sup>40</sup> A. Gómez Ramos, “Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, *op. cit.*, 23.

<sup>41</sup> H.G. Gadamer, *Wahrheit und Methode*. Vol. 1, Tübinga, Mohr Siebeck, 1990, pp. 454 ss.

<sup>42</sup> R. Koselleck, “Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte”, en *Begriffsgeschichten*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2006, pp. 9-31, aquí p. 15.

<sup>43</sup> Para la relación entre la hermenéutica de Gadamer y la Histórica de Koselleck véase la introducción de J.L. Villacañas y F. Oncinas en R. Koselleck y H.G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997, pp. 9-52.

<sup>44</sup> R. Koselleck, “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze”, en *Zeitschriften*, *op. cit.*, pp. 19-77, aquí p. 70. La cursiva en la cita es nuestra.

<sup>45</sup> R. Koselleck y Ch. Dipper, *op. cit.*, p. 189.

<sup>46</sup> R. Koselleck, “Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte”, *op. cit.*, p. 15.

acción existen, por tanto, elementos extralingüísticos que conducen a una experiencia<sup>47</sup>. En realidad, la lingüistificación de la experiencia es un aspecto teórico que, en principio, puede separarse de las *experiencias primarias*, aunque, en realidad, esta separación se lleva a cabo teóricamente, quedando asimismo lingüistificada. De ahí que los documentos históricos sean siempre equívocos: por un lado, se presentan como una fuente que indica qué ocurrió *fuera de ella misma*; por otro lado, se muestra como un modo en el que se articula el lenguaje de lo acontecido. Es muy probable que cuando Koselleck sostiene que hay experiencias históricas que son separables de aquella experiencia que relatan los informes históricos tenga presente el momento en el que, siendo prisionero de guerra del ejército soviético, *tuvo* la experiencia de lo que ocurrió dentro los campos de concentración. De hecho, él mismo reconoció que esa experiencia primaria que tuvo de golpe fue algo intransferible<sup>48</sup>.

Koselleck va un paso más allá dando una nueva vuelta de tuerca a la relación entre los dos sentidos de historia y que quedará formulado en la tesis central de “Darstellung, Ereignis und Struktur”, uno de sus escritos metodológicos más importantes: “los “acontecimientos” sólo se pueden narrar y las “estructuras” sólo se pueden describir”<sup>49</sup>. Esta tesis plantea, sin embargo, nuevos problemas. De hecho, el problema que surge aquí es doble: por un lado, tenemos que toda historia acontecida tiene que pasar necesariamente por el tupido tamiz del lenguaje, quedando así casi *fagocitada* por la Historia; por otro lado, la Historia se divide por de pronto en dos formas: la que se ocupa de los acontecimientos y la que estudia las estructuras de larga duración. El modo de proceder de la primera se basa en el método narrativo; el de la segunda, en la descripción de estructuras. Naturalmente, él es consciente de que entre acontecimientos y estructuras existe un hiato metodológico insalvable; no obstante, el carácter procesual de la historia moderna solo se puede concebir gracias a la explicación recíproca de los acontecimientos mediante las estructuras y viceversa<sup>50</sup>.

Koselleck ha hecho ver cómo la comprensión del concepto de historia se ha ido desplazando desde la pluralidad de diferentes historias, siempre dependientes de un sujeto particular, a la historia universal que es sujeto y objeto de sí misma. Solamente tras este proceso de formación –durante el desarrollo mismo de la historia como singular colectivo– pudo aparecer la pregunta filosófica por el sentido de la historia y, con ella, la filosofía de la historia o, lo que desde la tradición analítica se ha venido a llamar, *filosofía sustantiva de la historia*<sup>51</sup>. Este acontecimiento lingüístico tuvo lugar en un contexto histórico que trascendió su propia época. Fueron tiempos de

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>48</sup> R. Koselleck, “La discontinuidad del recuerdo”, en *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, *op. cit.*, pp. 39-51, aquí p. 40. Cf. Su artículo titulado “Glühende Lava, zur Erinnerung geronnen”, en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 06/05/1995.

<sup>49</sup> R. Koselleck, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, *op. cit.*, p. 144.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>51</sup> A. C. Danto, *Narration and knowledge*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pp. 1-16.

creación de singularidades y de simplificaciones semánticas que, según Koselleck, estaban dirigidas contra la sociedad estamental<sup>52</sup>. Se trata, en definitiva, de una zona de transición situada entre finales del siglo XVIII y principios del XIX con la que se inicia la disolución del *mundo antiguo*<sup>53</sup>. Asimismo, la comprensión de la *historia* que data de esta época como un concepto en el que queda unificado su sentido de conexión de acontecimientos y de relato histórico o, usando la terminología clásica, de *res gestae* y de *memoria rerum gestarum*, se muestra como un momento decisivo en el aumento de rango del perspectivismo metodológico.

El relato histórico otorga a los acontecimientos un sentido en su transcurso temporal. En el fondo, eso que llamamos historia no sería más (ni menos) que un contexto de sentido creado mediante la producción de historias haciendo uso de estructuras que van más allá de los sujetos particulares<sup>54</sup>. El sentido de la historia no es, pues, inherente a la realidad histórica misma. El significado de los acontecimientos históricos ha de ser *reconstruido* siempre de nuevo durante el proceso narrativo, y su sentido puede variar con el paso del tiempo debido a las necesidades de las nuevas generaciones y a las nuevas exigencias de sentido. Podría decirse entonces que la historia es construcción o, si aceptamos que ha de ser reescrita de cuando en cuando, la historia es, entonces, *reconstrucción*. O tomando la formulación de Ricoeur: hacer historia es hacer Historia<sup>55</sup>. Siguiendo a Luciano, Koselleck afirma que el trabajo del historiador debe parecerse al de un Fidias. “El material le está dado ya con anterioridad, tan solo se trata de poner de relieve desde el material la forma literaria, por así decir, adecuada a lo acontecido”<sup>56</sup>.

No parece, pues, que haya un dominio de la realidad que sea el propio de la historia y de sus objetos. Los objetos históricos son, propiamente, *construidos* por el investigador en la producción de historias a partir de las fuentes. Ahora bien, no se debe pasar por alto que en este proceso las fuentes tienen “derecho a veto”: nunca muestran lo que se debe decir, pero sí que muestran siempre lo que se puede decir<sup>57</sup>. La historia surge entonces en mediación con la subjetividad que la hace presente. En este punto se pone de manifiesto que la descripción de acontecimientos en el relato histórico dice más de lo que expresan sus propias palabras. Hay aquí dos elementos

<sup>52</sup> R. Koselleck, “Historia Magistra Vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte”, *op. cit.*, p. 54.

<sup>53</sup> De hecho, la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del mundo moderno es el hilo conductor de los *Geschichtliche Grundbegriffe*. Cf. R. Koselleck, “Einleitung”, *op. cit.*, p. XIV.

<sup>54</sup> Ejemplos de estructuras históricas a largo plazo que sobrepasan la singularidad del sujeto particular son las formas de dominio, las fuerzas productivas, las relaciones de producción, así como la relación amigo-enemigo. Cf. R. Koselleck, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, *op. cit.*, p. 147.

<sup>55</sup> Cf. nota 38.

<sup>56</sup> R. Koselleck, “Fiktion und geschichtliche Wirklichkeit”, en *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Berlín, Suhrkamp, 2014, pp. 80-95, aquí p. 83.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 92.

fundamentales que son especialmente permeables a la subjetividad: por un lado, la dificultad de movilizar todo el saber contenido en archivos sobre un acontecimiento histórico; por otro lado, y dada esta dificultad, el investigador se ve obligado a seleccionar, ordenar y elaborar el material con criterios que no se encuentran en el material mismo de investigación. Por eso la historia aparece como tal únicamente en mediación con la subjetividad del historiador.

De este planteamiento se desprende una tesis colateral fuerte sobre la experiencia del tiempo pasado: tener una experiencia del pasado no significa reconstruir los hechos como realmente fueron por la sencilla razón de que ese pasado en la forma que ahora se nos presenta se hace presente por primera vez. Desde esta perspectiva, la historia ya no puede ser definida como un proceso objetivo en el que la totalidad de los acontecimientos encadenados en serie quedara en él comprendida. Pero ¿qué es, entonces, la historia si no la sucesión de acontecimientos históricos coordinados en un proceso objetivo? Desde el planteamiento que venimos desarrollando resultaría que la base de la historia como tal no son los hechos. Antes bien, hay puntos de vista últimos arraigados en valores particulares que son el fundamento constitutivo de la investigación historiográfica y que se encuentran más allá de la mera acumulación de material de archivo. Reformulando aquí la crítica de Sartre a la psicología positivista: pretender llegar a la comprensión de un acontecimiento histórico mediante la mera acumulación de datos es como tener 0,99 e intentar alcanzar la unidad añadiendo indefinidamente números a la derecha<sup>58</sup>. Dado que la totalidad de los datos no agotan la realidad de un acontecimiento histórico, su acumulación sería, sin duda alguna, condición necesaria, pero en ningún caso condición suficiente para la producción tanto de experiencias históricas como de veracidad y objetividad en la investigación historiográfica. El estímulo para concebir la historia más allá de las fuentes escritas lo encontró Koselleck en los seminarios del historiador Ernst Wahle en los años que pasó como estudiante en Heidelberg<sup>59</sup>: “Aquello que sea realidad histórica, se decide [...] no sólo sobre el terreno del control metódico de las fuentes, sino también allí donde se procura articularla lingüísticamente”<sup>60</sup>. Para Koselleck existe además otro punto débil del proceso meramente acumulativo. Se trata de la carencia de no poder hacer visibles estructuras de larga duración.

Koselleck admite la existencia de cierto espacio de experiencia dentro de los límites del método de la historia profesionalizada. En primer lugar, la investigación histórica puede y debe hacer visibles “estructuras” de *longue durée* que, al abarcar varias generaciones, permite tener conciencia y experiencia de algo que no era po-

<sup>58</sup> El ejemplo está tomado de la crítica a la psicología positivista de J. P. Sartre en su *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid, Alianza, 1980, p. 13.

<sup>59</sup> R. Koselleck, “Dankrede am 23. November 2004”, en S. Weinfuter (ed.), *Reinhart Koselleck (1923-2006). Reden zum 50. Jahrestag seiner Promotion in Heidelberg*, Heidelberg, Winter, 2006, pp. 33-60, aquí p. 35.

<sup>60</sup> R. Koselleck, “Fiktion und geschichtliche Wirklichkeit”, *op. cit.*, p. 93.

sible en el pasado. De hecho, se podría incluso afirmar que, desde hace unos doscientos años, es posible saber más sobre el pasado de lo que ese pasado sabía sobre sí mismo<sup>61</sup>. En segundo lugar, la historiografía y su historia se muestran como un cúmulo de instrumentos teóricos que permiten acceder a nuevos modos de experiencia y posibilitan la adquisición de conocimientos que, a su vez, también se van acumulando y permanecen disponibles en la memoria de la ciencia institucionalizada. Tenemos entonces que, a pesar de las singularidades de cada periodo, hay cuestiones históricas que son accesibles mediante análisis estructurales. Se trata de “conflictos reales que requieren un largo período para ser dirimidos y que, por consiguiente, se extienden más allá de los espacios de tiempo generacionales de los agentes”<sup>62</sup>. Ahora bien, Koselleck es consciente de que las pérdidas de comprensión y de experiencia mediante estos procesos acumulativos son notables y, además, están muy lejos de poder ser compensadas con los resultados de los análisis de las estructuras a largo plazo o con los progresos en el conocimiento<sup>63</sup>.

### 3. Perspectivismo metodológico y ficcionalidad

Articular lingüísticamente la “fracturada historia perspectivista”<sup>64</sup> estructurada sobre la base un progreso acelerado es uno de los grandes desafíos teóricos a los que se enfrenta el planteamiento de Koselleck. Parte de la dificultad estriba en que el lenguaje y la realidad no comparten la misma estructura ontológica. El contenido semántico de los conceptos perduran en el tiempo, la realidad, sin embargo, cambia de forma acelerada. Y cuando la semántica de los conceptos cambia, siempre lo hace con un ritmo más lento que la realidad. A este respecto, Koselleck sostiene que raramente acontece que “el significado de las palabras y la realidad se correspondan permanentemente el uno con la otra, o que sufran transformaciones en la misma medida y de forma paralela”<sup>65</sup>. Esta disparidad, este *entre*, el permanecer en la divergencia entre la realidad creada lingüísticamente por medio de conceptos y el comportamiento de la *realidad misma*, muestra que, en ocasiones, algunos conceptos pueden ser inapropiados para comprenderla. Encontramos un desfase que conduce a una tensión creciente entre el lenguaje, el concepto, y la realidad que éste describe. Entre lenguaje y mundo no se da una correspondencia absoluta, y, por extensión, esta correspondencia tampoco se encuentra entre el lenguaje del relato histórico y la estructura ontológica de los acontecimientos que quieren describir –a no ser que, como afirmara Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, nos jac-

<sup>61</sup> R. Koselleck, “Standortbindung und Zeitlichkeit”, *op. cit.*, p. 177.

<sup>62</sup> R. Koselleck y C. Dutt, “Historia(s) e Histórica”, en *Isegoría* 29, 2003, pp. 211-224, aquí p. 215.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 217. Cf. R. Koselleck, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, *op. cit.* p. 144.

<sup>64</sup> Cf. Nota 25.

<sup>65</sup> R. Koselleck, “Die Geschichte der Begriffe und Begriffe der Geschichte”, en *Begriffsgeschichten*, *op. cit.*, pp. 56-76, aquí p. 63.

temos de descubrir en el mundo un producto, una estructura lingüística que nosotros mismos hemos creado<sup>66</sup>. ¿Cómo crear entonces un relato histórico si el desfase entre el lenguaje y la realidad que pretende describir parece inexorable? Para Koselleck la pregunta por el cómo ha sido realmente el pasado tan sólo se puede responder cuando se parte de la premisa de que lo que se formula no son *res factae* sino *res fictae*<sup>67</sup>. Koselleck hace de la ficcionalidad un elemento nuclear de la teoría historia. Esto no es naturalmente algo casual. Hemos visto más arriba que Koselleck reconoce la importancia de los procesos acumulativos en el marco de la metodología historiográfica; sin embargo, hay pérdidas de experiencias históricas que no se ven compensadas con el aumento del conocimiento cuantificable. No deja de ser llamativa esta posición no tanto por la falta de compensación en la pérdida de experiencias como por la reivindicación de la ficcionalidad. De hecho, Koselleck realza la capacidad de Tucídides para inventar discursos históricos. En el fondo, concede un estatuto epistemológico superior a los discursos ficticios de Tucídides que a los discursos derivados de las fuentes de un Ranke. Así, “los discursos ficticios de Tucídides tienen el gran mérito de poder decir [...] más de lo que ha sido capaz de ofrecer cualquier discurso pronunciado realmente en una situación de confrontación política. Tucídides, por tanto, formula pretensiones teóricas en las ideas pensadas, discutidas y expresadas, que de otro modo no podrían hacerse patentes. Esto constituye un logro estético superior al de un discurso reconstruido o conforme a las fuentes, en el sentido de que ha conceptualizado las condiciones de posibilidad teóricas de una acción mejor de lo que lo habría hecho sin esos discursos inventados”<sup>68</sup>. Koselleck habla aquí de “logro estético superior” cuando, propiamente, la cuestión de fondo no es estética sino epistemológica. No obstante, aquí parece indicarnos que el logro estético se refiere a que el discurso histórico ficticio puede entrar en un terreno epistemológico vetado en un principio a los métodos que están más aferrados a los hechos.

En todo caso, a partir del siglo XVIII dejó de imitarse el modelo tucidideo y, con ello, la fantasía quedó excluida del discurso histórico. Resuena aquí, sin duda, cierto tono nostálgico, incluso pudiera parecer una suerte de *laudatio temporis acti* cuando Koselleck sostiene que Tucídides, con sus discursos inventados, “había ofrecido creaciones del máximo nivel teórico para la ciencia histórica”<sup>69</sup>. La decapitación de la ficcionalidad en todo discurso histórico aparece pues como un rasgo característico de la modernidad. Son ese tipo de creaciones las que compensan las pérdidas que se sustraen al control racional de la ciencia propio de la época moderna. La producción de *res fictae* juega, por tanto, un papel fundamen-

<sup>66</sup> F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 2007. Véanse especialmente pp. 27-29.

<sup>67</sup> R. Koselleck, “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en *Zeitschichten*, *op. cit.*, pp. 298-316, aquí pp. 315-316.

<sup>68</sup> R. Koselleck y C. Dutt, *op. cit.*, p. 217.

<sup>69</sup> *Ibidem*.

tal en el planteamiento metodológico de Koselleck. Y es que tan pronto como el historiador se vio necesitado de construir su historia artística, moral y racionalmente, tuvo que hacerse cargo de elementos que son propios de la ficción<sup>70</sup>. Con el uso de la ficción en la teoría de la historia Koselleck quiere subsanar los déficits metodológicos que se derivan de la relación entre narración y descripción de estructuras de *larga duración*. Ningún acontecimiento particular se puede articular lingüísticamente con categorías que correspondan exclusivamente a esa misma singularidad. El acontecimiento es lo singular, lo irrepetible, pero para que acontezca como tal hay que emplear categorías que poseen un carácter universal (amigo-enemigo, civilizado-primitivo, dentro-fuera, arriba-abajo, etc.) y que describen la estructura de ese acontecimiento. Las estructuras que explican los acontecimientos tienen un carácter universal, mientras que los acontecimientos son singulares. En el fondo, ha sido esta dicotomía en el ámbito de la teoría del conocimiento entre narración de acontecimientos y descripción de estructuras la que ha hecho posible que la historia moderna destrone a la historia antigua como maestra de la vida. “La Historia (*Historie*) remite a las condiciones de posibilidad de un futuro posible que no se pueden deducir de la suma de acontecimientos concretos”<sup>71</sup>. Así, la historia particular ya no sirve de ejemplo por su potencial repetibilidad, pues la repetibilidad no se conoce por medio de los acontecimientos, sino mediante las estructuras. Y esta repetibilidad “adquiere un valor posicional para los enunciados estructurales, para el acontecer procesual”<sup>72</sup>.

La efectividad de las estructuras se encuentra en un plano temporal distinto al de los acontecimientos. Las estructuras no permanecen adheridas al antes y al después que encuentran una correlación empírica en la cronología natural<sup>73</sup>. Pero no por ello deben ser consideradas teóricamente deficitarias. Desde un punto de vista epistemológico, el contenido de realidad de los acontecimientos pasados que ofrece la narración no es mayor que el contenido de realidad de las estructuras pasadas. De hecho, las estructuras de más largo alcance pueden ser incluso más efectivas siempre y cuando no se descompongan en una amalgama de acontecimientos empíricos concretos. “Pero esto solo se puede constituir hipotéticamente. En el plano de las estructuras, la ficcionalidad de los acontecimientos narrados corresponde al carácter hipotético de su ‘realidad’. No obstante, estas directrices epistemológicas no pueden impedir al historiador hacer uso de la ficcionalidad y de las hipótesis para considerar lingüísticamente la realidad pasada como un resultado real”<sup>74</sup>. El historiador tendrá que hacerse cargo, por tanto, de la ficción de lo fáctico para hacer plausible la histo-

---

<sup>70</sup> R. Koselleck, “Terror und Traum”, en *Vergangene Zukunft*, *op. cit.*, pp. 278-299, aquí p. 280.

<sup>71</sup> R. Koselleck, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, *op. cit.*, pp. 156-157.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 153.



ria que produce a partir de las fuentes que le permiten resaltar significativamente un acontecimiento histórico.